

## BENÍTEZ Y VALENCIA, FIN FIN

---

Jorge Ribadeneira Araujo

---

El dúo Benítez y Valencia murió en 1970, pero solo fue sepultado el jueves 7 de septiembre de 2005. El multitudinario adiós al Potolo Valencia —hace ya treinta y cinco años— fue el «fin». La emotiva despedida a Gonzalo Benítez, el miércoles último, fue el «fin fin». Pero es interesante que en este país de tantos olvidos se haya mantenido —en aceptable porcentaje— el entusiasmo por dos artistas populares, aunque para la juventud signifiquen poco por motivos que son ingratos pero comprensibles.

Benítez y Valencia brotaron musicalmente en otro Ecuador. Cuando en este país recoleto apenas daba sus primeros pasos la radio y aún no se vislumbraba la pantalla chica. Había, por lo tanto, espacio para los «propios». Es decir, para los artistas paisanos que cantaban pasillos y sanjuanitos y subían a las tablas, aunque casi no tuvieran realmente una formación profesional. En los años veinte y treinta brotaron grupos teatrales o voces con nombres que han perdurado (Carlota Jaramillo, Ernesto Albán, especialmente). Otros se han perdido pero merecían más, entre ellos la «primera actriz» Marina Moncayo y los fabricantes de pasillos, como Ángel Leonidas Araujo (letra) y Bolívar Ortiz (música).

En 1940 saltaron al micrófono y —ocasionalmente— al escenario Benítez y Valencia y pusieron la nota musical, muy ecuatoriana por cierto, con sus canciones del alma. En 1949 pasaron el gran susto cuando un genio-loco (Leonardo Páez) trajo a los marcianos durante un radioteatro que terminó con el incendio de Radio Quito.

Ellos, los artistas más populares, fueron usados para atraer oyentes y coadyuvar al éxito más trágico de la temporada. El dúo escapó por las ventanas y las cornisas. En 1961 dieron la partida de la Fiesta de Quito en la Plaza Grande. Tres veces por semana llegaron al público a través de las ondas radiales y

el resto en escenarios ocasionales y en alguna serenata amistosa. Pero el ambiente no dio para una profesión total y rendidora. Resulta triste mencionar que Benítez fue la mayor parte del tiempo un rutinario profesor de dibujo técnico y Valencia se batió ocasionalmente y de mala gana en la burocracia fea y odiosa.

Luis Alberto y Gonzalo anduvieron juntos pero no revueltos. Fueron compañeros y diferentes. Valencia funcionaba como la gran voz y le acompañaba una dosis de bohemia y simpatía que duplicaba su popularidad. Benítez era la primera voz, la precisa para el buen sonido de la pareja musical y punto. Además, casi abstemio, serio y a veces adusto. El «Potolo» murió (1970) en el apogeo de la fama del dúo y —con el apoyo de su carisma— tuvo un funeral multitudinario al compás de «Vasija de barro».

Gonzalo Benítez quedó como el «viudo» y si bien en un momento compuso el pasillo «Soledad», dedicado a su amigo, en otro no tuvo empacho en afirmar que la música de la Vasija era solo suya y no de los dos. Artísticamente están, sin duda, a su altura los hermanos Miño Naranjo, pero aquellos entraron en el campo del mito y allí permanecen, con sus virtudes y sus defectos. La despedida a Benítez fue emotiva y cordial, pese a los tantos años transcurridos desde que «colgó la voz» y en su retiro mejoró su genio y fue feliz cuando alguien se acercó para visitarle y recordar.

Un homenaje a Benítez y Valencia y a los artistas actuales que, confiando en la memoria de la tercera edad y en la curiosidad de la primera y la segunda, siguen rindiendo culto a la música ecuatoriana. ❀